

es Dios, para que oiga yo su voz?» (*Exod.*, iv, vers. 2); y entonces Dios derrama sobre sus almas el cáliz de su ira; llueven en su circuito lazos en que se enredan, fuego, azufre y espíritus procelosos; un endurecimiento final, una marcha tenebrosa, y con ellas pasa el hombre de las tinieblas de la culpa á las tinieblas del infierno, de la ceguedad temporal á la eterna.

A esta obcecacion en el entendimiento va unida una obstinacion en la voluntad; decidido el hombre á desechiar toda luz sobrenatural, comete el pecado con un conocimiento cierto, ofende á Dios por principios, se burla de sus castigos, no tiene en nada sus premios, substituyendo la divinidad del cielo por las que le suministra un alma dominada por la carne y sus apetitos. ¡Ah, amados míos! Un hombre obstinado no es un hijo pródigo que, lejos de su padre, gasta inconsiderado sus caudales en dar libertad á sus apetitos, pues entonces aún resuenan en el santuario del alma los gritos de la conciencia y los ecos del remordimiento; entonces aún se consuela el Padre celestial con la esperanza de que su hijo ha de volver á su casa, le ha de estrechar entre sus brazos y lo ha de revestir aún con la ropa de la inocencia; una voluntad obstinada ha cerrado todas las sendas que la llevan á Dios; envuelta entre inmundicias y suciedades, resiste á la mano caritativa que intenta limpiarla «su malicia, pues es execrable,» como lo dice Ezequiel por estas palabras, espantosas para el pecador obstinado: «Porque te he querido purificar y tú no has consentido en ello, nunca serás limpiada.» *Mundare te volui, et non es mundata a sordibus tuis.* (xxiv, 13.) ¿Quereis ver el ejemplo de un alma endurecida? Contemplad la suerte del infeliz traidor Judas; observad la conducta del inícuo rey de Egipto; cuando Moisés se le presentó pidiéndole que dejase ir libre al pueblo santo, revestido con el carácter de embajador del cielo y armado con la vara milagrosa,

ya Faraon obstinado habia llamado á sus magos para que desvirtuasen con sus encantamientos todos los prodigios del cielo; nada importa que estos sábios le digan que el dedo de Dios obraba aquellas maravillas: él no sigue sino su obstinada determinacion de oponerse á los designios de la Majestad divina, y aunque se vea abrumado con las plagas más horrendas, y castigado en lo más caro á su corazon, nada le detendrá para seguir su determinada resolucion de perder al pueblo escogido. ¿Quién no se estremece al ver la obstinacion con que el aleve Judas llevó á cabo su maldad inaudita? Por más que Jesucristo le haya distinguido con darle el cargo de su colegio; por más que en la última cena haya visto á su Maestro postrado á sus piés, lavándose los con sus manos y regándolos con sus lágrimas, no conseguirá ningun fruto, porque Judas se halla obstinado en vender á su Maestro, y más fuerza tienen en su alma unas monedas despreciables que la bondad y el amor de todo un Dios.

Pero al hablaros de la obstinacion de estos hombres á los cuales la grandeza de sus crímenes les ha dado una fama inmortal, acaso se creará que una obcecacion semejante y una voluntad tan obstinada sólo caben en corazones semejantes á los de un Cain, ó de un Antíoco, ó de un Judas, porque sus crímenes son los mayores en los fastos del pecado. Amados míos, no nos engañemos; estos pecados son grandes, porque en su clase son raros y únicos; pero para llegar á la obcecacion en el entendimiento y obstinacion en la voluntad, no es necesario que los excesos sean tan ruidosos ni tan notables; ¿cuántos hay que pasan una larga vida, al parecer quieta, sosegada y aún devota, y llegan al borde del sepulcro en un estado de endurecimiento deplorable? ¿Cuántos que no conocieron la inocencia sino los pocos años en que su naturaleza no les suministraba fuerza para pecar, y apenas ésta se desarrolló, cometieron infamias, que luégo callaron vergonzosamente.

sos y con malicia, y han continuado así ultrajando la santidad de los Sacramentos, y formando ellos mismos el proceso criminal que los condena al fuego eterno, añadiendo pecados sobre pecados y sacrilegios sobre sacrilegios? Y sin embargo, los remordimientos no tienen fuerza en su corazon, y la conciencia se halla como muda; mas ¡ay! esta tranquilidad con que el pecador está sentado en el muladar de sus pecados no proviene de una alma pura, porque tambien hay quietud en el pecado, amados míos; el hombre habituado á ofender á Dios duerme entre los horrores del crimen con la tranquilidad que tenía Jonás adormecido en medio de las olas furiosas que iban á causar su naufragio; y el mismo bramido de la culpa, y el soplo impetuoso del crimen se vuelven para él un aire suave ó un dulce susurro, que le infunden un sueño más profundo. ¿Quién lo duda? Dos clases de tranquilidad hay en esta vida, dice San Bernardo: una proviene de amor perfecto, y es propia de los Santos; otra de la malicia consumada, y ésta es propia de los pecadores; aquélla conduce á una eternidad feliz, y ésta á un término desdichado; los Santos nada temen, porque en nada les arguye su conciencia; los pecadores obstinados nada temen tampoco, porque su conciencia está como muerta, y la malicia llegó á su colmo. ¡Ah, pecadores infelices! Yo lloro vuestra suerte, porque sois semejantes á las bestias que se abandonan sin cuidado para que vayan á donde les guie su apetito, por estar destinadas al matadero; ya no vela sobre vosotros el buen Pastor, porque ha malgastado el tiempo en vuestro cuidado, habeis resistido mil veces á su tierna solicitud, y él ha fulminado contra vosotros la sentencia de muerte, y habeis entrado en poder del enemigo, de cuyas garras no saldreis jamás.

Esta es la suerte que cabe al corazon obstinado; cree el vulgo que las almas no entran en el dominio del demonio sino despues que han sido precipitadas en la re-

gion de la eternidad, y no es así ciertamente; porque apenas un alma es abandonada del cielo, entra bajo la jurisdiccion de los espíritus infernales, y éstos la tratan como á cosa propia; y siendo verdad que cada uno de los vicios tiene un demonio por su jefe, cada uno de estos espíritus malditos tiene tambien encadenada al alma que de ellos está dominada; sí, un demonio ha encadenado el alma de aquel lascivo inveterado; otro la de aquel avaro insaciable; otro la de aquel maldiciente escandaloso; otro la de aquel padre que abandona sus hijos; otro la de aquella mujer profana que pasa sus dias en adornar un cuerpo de barro, y otro acaso tiene amarrada y sujeta á esa alma que, llegándose á los Sacramentos, á cada paso cae en culpas graves con advertencia, y frecuenta los templos por parecer al mundo santa y devota. Y no se crea que esta doctrina sea pasto de mi imaginacion; Jesucristo nos la demuestra bien claro en sus lágrimas sobre la infeliz Jerusalem, y sus palabras son el testimonio de esta verdad; examinad con atencion el estado de esta ciudad, y vereis que es el tipo de los corazones obstinados y endurecidos; desde la promesa que Dios hizo á Abraham hasta Malaquías, que fué el último Profeta, todos esperaban la venida del Mesías, pero en un estado pobre y abyecto, manso y humilde; á medida que se aumentaron las glorias de esta ciudad, disminuyó su creencia, y al verse dominada por los romanos, pensó que, á pesar de las profecías de David é Isaías, el Mesías no sería ni humilde ni manso, sino grande, opulento y guerrero, que los sacaria del yugo de la dominacion extranjera; aparece, en fin, este Justo; emplea tres años en enseñar su celestial doctrina; obra milagros, que no tenían semejantes en los tiempos pasados; recibe en presencia del pueblo los testimonios más auténticos de su mision prodigados por el cielo; el vulgo lo aclama muchas veces por Hijo de Dios, y, en fin, movido por un im-

pulso sobrenatural, lo recibe con las demostraciones triunfales propias de sus Reyes y capitanes victoriosos; pero todo esto era una apariencia; sus corazones no respiraban sino deseos de grandeza y riquezas; la Religión de Moisés no conservaba sino la corteza; la iniquidad y rapiña habian sucedido á la buena fé y al desinterés religioso, y á los pocos dias darian testimonio de su obstinacion, pidiendo á gritos la muerte del que les enseñó á ser caritativos, humildes y mansos como Él, pobres y mortificados como Él, amantes de la verdad, fieles servidores en espíritu del Padre celestial; y al contemplar esto Jesucristo prorumpe en llanto amargo, porque á la ceguedad de Jerusalem va á suceder su ruina; se verá rodeada de enemigos que la apretarán por todas partes, la destruirán y aniquilarán: *Circumdabunt te inimici tui vallo.* ¿Y por qué, amados míos? Porque se habituó al crimen, y la voz de la conciencia no resonó en sus oídos, persuadida de la santidad de Jesus, convencida de la veracidad de su doctrina, de la divinidad de sus milagros; no quiso seguir sus preceptos, ni adoptar sus máximas, ni creer sus palabras, ni reconocer en él un enviado de Dios: *Eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ.*

Y esto cabalmente sucede á las almas que, despreciando una vez la gracia, van amontonando sus crímenes: *Circumdabunt te inimici tui vallo;* sí: cada hombre es una Jerusalem visitada por el Señor con la abundancia de sus misericordias; si corresponde á sus llamamientos, tendrá el amor acendrado de una Magdalena, y el valor y constancia de un Pablo; pero si ahogare los impulsos divinos, será un fariseo obstinado, un Judas endurecido, un Caifás abandonado: *Circumdabunt te,* etc. Por todas partes se verá rodeado de pecados, y, en vez de temerlos, se alegrará y regocijará, como lo hicieron los judíos en el asedio de Jerusalem; se obcecará y endurecerá hasta el extremo de sentir placer en ofender á Dios. ¿Y qué otro

efecto podrá producir en el alma el desprecio de la gracia divina? Tantas bondades del cielo mal correspondidas, tantas inspiraciones desechadas, tantos Sacramentos profanados, tantos tesoros malversados, son la causa directa del endurecimiento del pecador; Dios, por su parte, quiere que todos nos salvemos; no es su voluntad, dice el Apóstol, que perezca el pecador; mas si éste no coopera á los esfuerzos celestiales, se debilitan las fuerzas de su alma, se adormece en el vicio, se obceca en la maldad, se obstina en su perdicion, y Dios le entrega justamente, como afirma el mismo Apóstol, á sus pasiones vergonzosas y á los impetuosos movimientos de sus sentidos y de su espíritu; de modo que, segun la expresion de San Agustin, «los pecados que cometen luego son la pena de los crímenes ya cometidos y el mérito para los castigos eternos, á que muy pronto han de ser precipitados.» (*Cont. Julian.*, lib. v, cap. iv.) Así lo rodean por todas partes como una manada de lobos á un cordero que no siguió la voz de su pastor, sin que le quede fuerza para salir de entre sus uñas rabiosas: *Circumdabunt te inimici tui vallo;* y no contentos con asediarla, la apretan por todas partes para no darle lugar por donde evadirse, *et coangustabunt te undique,* destruyendo en ella todo germen de resurreccion espiritual, ahogando su conciencia, no dando lugar á los remordimientos; *et ad terram prosternent te;* ¿y por qué así, amados míos? Vuelvo á mi primera proposicion: la causa es porque el alma despreció la gracia, porque no pudiendo el hombre nada por sí mismo, Dios le revistió misericordiosamente de todo su poder, con el cual podia ser superior á todos los halagos del mundo, á todos los ataques del demonio, á todos los apetitos de la carne; pero todos estos enemigos se apoderaron de su corazon como por asalto, ocuparon todos sus senos, encontraron una acogida favorable; el pecador los ha tratado

como á sus amigos, ha seguido sus pérfidos consejos, se ha arrojado en sus brazos, y no ha podido conocer al Dios amoroso que lo visitaba: *Eo quod non cognoveris tempus visitacionis tuæ*; y por este medio se ha endurecido y obstinado en la maldad.

Yo no puedo creer, amados míos, que haya en mi auditorio ningun alma apasionada tan lastimosamente por sus enemigos; pero examinemos un momento nuestro corazon; veamos qué fuerza tienen sobre él las máximas divinas, el amor de un Dios crucificado, y el deseo de una eternidad feliz; consideremos cómo correspondemos á la gracia, y si hubiese algun corazon endurecido, yo le dirijo mi voz, como en otro tiempo lo hacía nuestro amable Jesus sobre la infortunada Jerusalem: *Si cognovisses tu, in hac die quæ ad pacem tibi*: si conocieses ¡oh alma infeliz! lo que en este dia te se anuncia para tu propio bien, no correrias precipitada tras de esos placeres que pasan con la velocidad del viento, y no dejan en tí sino amargos recuerdos; no pasarías tus dias meditando los medios de adquirir bienes transitorios; ántes bien anhelarias por la pronta posesion de los que ahora están escondidos á tu vista: *Nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis*. Sí, estos tesoros están ocultos al corazon perverso, porque no ha gustado las dulces consolaciones de los que aman al Señor; si los conocieses, pues; si considerases las ventajas que te resultan de servir á tu Dios, luégo abandonarías tus proyectos criminales, luégo renunciarías á los placeres del mundo y á las seducciones de la carne, y tu corazon endurecido se desharia como la cera, y se volveria al Señor, que te convida con su amor, te llama y te halaga para que, por tu propia voluntad, aceptes los dones de su gracia y adquirieras méritos para su gloria.

Aún estamos á tiempo, amados míos; muévannos las lágrimas de Jesus: si nos convertimos, serán para nos-

otros como las aguas cristalinas que purifican cuantas inmundicias encuentran en su tránsito; si abrimos nuestro corazon á la gracia, que siempre está pronta, aunque esté más empedernido que un diamante, Dios lo convertirá en ceniza; aunque se halle más helado que las regiones glaciales del Norte, Dios enviará su soplo divino, y con más facilidad que los vientos meridionales deshacen el hielo, la ablandará y la calentará, y aún la abrasará con los fuegos de su amor. Nuestra salvacion, pues, está en nuestras manos: aprovechémonos de tanto bien como Dios nos dispensa; conozcamos que Dios nos puso en esta vida para que caminemos á nuestra verdadera patria, en donde están los tesoros inestimables que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni el corazon humano pudo apreciar, porque se hallan escondidos; pero no por eso dejan de estar preparados para los que aman á Dios.

¡Sí, mi Dios! Nuestro corazon está en vuestras manos; renovadlo con vuestro poder; sólo Vos haceis de los pecadores hombres justos y santos; sólo vos sacais luz de las tinieblas; infundid, pues, en ellos un deseo vivo de amaros; penetradlos con los rayos de vuestra gracia, y con esto los obcecados verán la verdadera luz, los obstinados llorarán sus extraviados caminos, y todos os amaremos en esta vida, para gozar de los bienes que nos están preparados en la otra, que deseo á todos. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.